

# ¿Por qué se usa el incienso en la misa?

Kristopher W. Seaman

Hace pocos días, caminaba de la Universidad a casa, cuando vi una gran fumarola levantándose en espiral y alargándose al cielo desde un edificio que se incendiaba. El olor a humo despertó recuerdos de mi infancia. De joven, yo viví cerca de una reserva para los indígenas americanos; ellos quemaban ciertas áreas para renovar sus tierras de cultivo y fertilizarlas. Me encantaba el olor del pasto y de las flores que se quemaban, pero le tenía miedo al fuego, y me daba tristeza que los campos de colores quedaran negros y reducidos a cenizas.

En la quema de la reserva sucedía algo bello y terrible a la vez, aunque afín a la noción de “numinoso” que el teólogo Rudolph Otto describe en sus escritos. En síntesis, esa noción asegura que algo tan misterioso como fascinante se encuentra en el fundamento de la fe. Para el Cristianismo, ese algo es el misterio pascual: la pasión, muerte, resurrección y ascensión de Cristo, con el subsecuente don del Espíritu Santo que nos incorpora a los más insondables proyectos de Dios. El misterio pascual se trata de la muerte y la vida (la cruz).

El humo que sale del edificio y de la quema de la tierra, asusta y fascina, a la vez que evoca la muerte y la vida. El don de sí que, en la cruz, Cristo realizó por el mundo fue algo terrible (muerte) y fascinante (vida), porque por Cristo Jesús, Dios derramó su misericordia, perdón y compasión sobre el mundo. La cruz evoca, lo mismo que el humo o el incienso, muerte y vida, particularmente, la muerte y la vida de Cristo.

Como todos los materiales que se usan en la liturgia, el incienso tiene el poder de “hablar” o de



El incienso evoca la presencia de Dios y sugiere a la asamblea nuevas formas de relacionarse con Dios.

transmitir un significado que depende también de nuestra propia experiencia. Estoy perfectamente consciente de los efectos dañinos del fuego y de que debo marcar el número de Emergencias cuando mire salir humo de un edificio. Sin embargo, en la liturgia, el incienso adquiere un sentido teológico, adicional al de la propia experiencia. El incienso en la liturgia evoca imágenes de la Escritura: la nube de humo que Dios envió para liberar a los israelitas de la esclavitud de Egipto; el incienso que se quemaba en el templo de Jerusalén (Éxodo 30:34–38), conforme a la instrucción de Dios a Moisés de que hiciera una mezcla que luego habría de ser quemada como incienso en la presencia de Dios; las oraciones que, como incienso, se elevan a Dios (Salmo 141); el regalo que uno de los Magos le ofreció a Jesús.

En la liturgia, el incienso evoca la presencia de Dios, que invita a la asamblea a relacionarse con él de modos nuevos en la plegaria. Por su cualidad numinosa, el incienso implica la vida renovada que la presencia de Cristo ofrece en medio de la muerte, o de aquellas experiencias en las que los propósitos de Dios parecen extintos, opacados, postergados o rechazados. Sin reducir el incienso a ninguno de sus significados, el incienso tiene que ver con encontrar a un Dios que repetidamente nos invita a “oler” su voluntad, a pesar de nuestras frecuentes resistencias.

En los funerales, el sacerdote incienso el féretro del difunto, envolviéndolo en una nube de humo fragante, que es como la invitación a entrar en la presencia de Dios y su proyecto de vida nueva.